

UN SONETO COLOMBIANO juzgado en España

(*El Voto Nacional*, excelente revista católica que publican en esta ciudad los misioneros hijos del Corazón de María, trae, en su número de 16 del pasado enero, el interesante artículo que insertamos en seguida. Reciban el docto autor y los redactores que han reproducido el juicio crítico la expresión de nuestro agradecimiento por este homenaje a una memoria que nos es muy querida).

“SOLACES LITERARIOS (I)

EL CORAZÓN DE MARÍA, REFUGIO DE PECADORES

Yo, que he rasgado el amoroso seno
Que tantas veces me ofreciera abrigo,
Derramando la sangre de un amigo,
De un Dios, de un Padre generoso y bueno:

Yo, que de angustia y de miserias lleno,
De mis pasiones el impulso sigo:
Y temo al juez terrible, que el castigo
Me anuncia airado con su voz de trueno:

(I) Cuando con franca justicia se reconoce en Colombia el mérito de la literatura contemporánea peninsular, no fuera equitativo entregar al silencio los altos encomios que en el solar de la raza han sido tributados a los maestros más esclarecidos del buen decir y del sentir delicado entre nosotros. El nombre que al pie de este artículo garantiza su valía es ventajosamente conocido de los amantes de las Bellas Letras, como laureado en varios certámenes, miembro de la junta de Cultura Vasca y vencedor en ruidoso torneo habido ante la Real Academia Española. A la generosa pluma del P. Tomás Echevarría, no menos que al manifiesto celo por las glorias colombianas del M. R. P. Ezequiel Villarroya debemos las columnas de áurea literatura, que para regalo de nuestros lectores trascribimos en seguida de la revista madrileña *El Iris de Paz*.

(Véase el cuaderno de *El Voto Nacional* correspondiente al 16 de agosto de 1922).—(N. de la D.)

Yo, que a tu Hijo le arranqué la vida,
Hiriendo con cruelísimos dolores
Tu amante corazón, Madre afligida...

Yo, más que nadie, espero tus favores,
Porque no en vano el mundo te apellida
«Refugio de los pobres pecadores.»

Una alta y conocida letra, desde lejana ciudad española, requiéreme a dar en *El Iris de Paz* mi humilde parecer crítico-literario acerca del adjunto soneto de don Ricardo Carrasquilla, poesía que, publicada por su autor en *El Catolicismo* de Bogotá, años hace, ahora salió nuevamente a luz en nuestra revista mariana *El Voto Nacional* de la capital de Colombia.

Debo comenzar diciendo, con clarísimos y copiosos testimonios a la mano, que lo mismo en prosa que en verso, hoy se escribe el español con más pureza, propiedad y galanura en las antiguas colonias hispanas de allende el Atlántico que no en las propias tierras castellanas que lo vieron nacer y que tan maravillosamente lo dominaron un día, allá por los siglos XVI y XVII.

La República de Colombia, más en particular, posee y ha poseído cultivadores tan insignes del habla de Cervantes—igual ajustándose a ligaduras rítmicas, que dilatándose en destrabado razonar,—que a mí me sorprende muchísimo, desde que conozco algunas *Antologías* de ese país, el que no campeen aquí más descolladamente y háyanosenos hecho más concidos y familiares una veintena, siquiera, de aquellos poetas y prosadores, verdaderamente egregios.

Y es así, que este mismo apellido, tan poco sonado en España de Carrasquilla tráeme a la memoria un discurso que, poco há, lei de don Rafael María Carrasquilla (hijo del poeta y vivo aún para regalo y honor

de las letras colombianas), cuyo estilo—por lo castizo, por lo elegante, por lo armonioso, por lo nítido—dudo yo que tenga par entre los mismos que con ambicioso nombre de *inmortales* se sientan en los sillones de la Academia Española.

Dicho lo cual por vía de sincera documentada confesión, y también para que se sepa que caben holgadamente bajo las alas de nuestra crítica literaria todos los retoños y las manifestaciones todas del viejo tronco peninsular, hoy tan necesitado de savias nuevas, pasaré a dar mi honrada opinión acerca del consabido soneto de don Ricardo Carrasquilla. Probaré a hacerlo con una gran sobriedad de apreciaciones personales y sin otro aparato de erudición que el rigurosamente demandado por la indole, casi familiar, de la consulta.

Sinceramente afirmo que el transcrito soneto de don Ricardo Carrasquilla bien merecía figurar como bueno entre los poemitas mejores que para deleite de la piedad y lustre de la poesía castellana recogió don Miguel Mir en su devocionario clásico *Al pie del Altar* (Madrid, sucesores de Rivadeneira, 1902).

A la verdad, estudiado desde el punto de vista de las imperiosas exigencias que el arte métrico señala para este género de composiciones, vése que no tan solo se ajusta a las externas leyes de la versificación en el soneto, mas también cumple con la otra difícil condición que le imponen los preceptistas sobre desarrollar gradualmente un pensamiento único de forma que al vibrar del décimocuarto verso lance aquél sus últimos más bellos resplandores. ¿No advierte el discreto lector cómo, efectivamente, lo alegado y probado en los cuartetos y terceto que preceden al postrer endecasílabo es un creciente henchir la copa para que tiemble y se desborde al cabo áurea, rutilante, espumosa?

Yo,—dice el poeta, convirtiéndose a la Virgen angustiada, después de tres anteriores *yoes* cruentos y chorreando iniquidad todos ellos:

Yo, más que nadie espero tus favores,
 Porque no en vano el mundo te apellida
 «Refugio de los pobres pecadores.»

Con lo dicho no realizó sin embargo, el colombiano vate hazaña mayor de la que diariamente alcanzan por ahí cantidad de intonsos poetastros, los cuales son, asimismo, maestros únicos, a las veces, en lo de urdir sutilmente la tembladora hamaca de los catorce versos famosos, y aun en esotro de colgarse mentalmente del último delicadísimo hilo...

En el soneto del doctor Carrasquilla nótase otro primor literario: que recuerda lo de «el olor sin olor de la limpieza,» que dijo el travieso Campoamor; es, a saber, que va todo el soneto cincelado con una naturalidad tan urbana, con una sencillez tan elegante, con una tan difícil facilidad, que verdaderamente se ahoga en él bajo el raudal copioso de lágrimas que de todas partes derraman, cualquiera erección de vanidad artística y toda otra exhibición que no sea de fino arrepentimiento.

Porque—y es cosa que habrá apreciado ya el lector—hay en esta composición métrica, cuan limitada es, toda una doctrina teológica, exacta y entera, acerca del dolor de los pecados con que una vez por año, o muchas veces al día, tenemos de recurrir a la fuente de las divinas misericordias.

Yo, que he rasgado el amoroso seno
 Que tantas veces me ofreciera abrigo,
 Derramando la sangre de un Amigo,
 De un Dios, de un Padre generoso y bueno...

¿Quién, al escuchar tan altas y dolorosas voces, no se imagina al Pródigo arrepentido, puesta la una mano en el agudo mentón e incapaz la otra de recoger las abrasadas lágrimas que hilo a hilo se deslizan por su enflaquecido rostro?

Y continúa:

Yo, que de angustias y miserias lleno,
 De mis pasiones el impulso sigo:
 Y temo al Juez terrible, que el castigo
 Me anuncia airado con su voz de trueno...

Estotro dolor también lo conocemos harto: es el que apellida el catecismo dolor de atrición, porque engendrarse, efectivamente al calor de los fuegos infernales, avivado con los suspiros de un cielo perdido y aun por el llanto que ya acá forma, no pocas veces, el donoso estipendio de nuestro apartar de Dios.

Ni falta aquí la manera más fácil y el recurso más eficaz para provechosamente herir la peña dura del propio corazón a fin de que reviente en dilatada vena de lágrimas justificadoras. Porque ¿hay tal para ello como volver los ojos a los torrencialmente llorosos de la divina Madre rogándole nos bañe con una salpicadura, al menos, de la salobre turbulencia de aquel mar de sus dolores? Y esto es lo que tan sentidamente canta el poeta:

Yo, que a tu hijo le arranqué la vida
 Hiriendo con cruellísimos dolores
 Tu amante Corazón, Madre afligida...

Huelga acrecentar, ya, que el soneto de don Ricardo Carrasquilla, no por teológico y docente, deja de estar pletórico de vida y ardoroso sentimiento. Lo está desde la primera palabra; y no tan sólo no se entibia luego en el suceder y dilatarse de la corriente métrica, antes más y más aumenta en espuma, profundidad y riberas a medida que se acerca a la final desembocadura, y como que se escuchase en el verso último la divina resonancia de muchos acordes afluentes que acaban por resolverse en una armonía, grandiosa y única:

Yo, más que nadie, espero tus favores:
 Porque no en vano el mundo te apellida
 «Refugio de los pobres pecadores.»

Vaya, por último encomio, entre los muchos que desapasionadamente llevamos tributados al soneto del señor Carrasquilla, el decir que, a nuestro humilde juicio, serviría dicha composición, como la que más, para ejercitarse los aficionados en el arte difícil, necesario y maravilloso de la declamación oratoria.

Hay, efectivamente, en sus catorce versos, suavidad, vehemencia, fluidez, sentimiento, ternura, armonía, profundidad, intención, en suma, conmovedora elocuencia.

¡Qué quiebro de voz, pues,—ante una imagen de la Virgen Dolorosa—; qué gestos de semblante; qué movimientos de manos y brazos; qué ademanes y actitudes de cuerpo; qué revolver de ojos y cabeza; qué suspirar de pecho, ora arrastrándose por los suelos del dolor, ora remontándose a los puros cielos de la esperanza, no admite, inspira, sufre, demanda la matización fonética de este poemita, que, abriéndose por un reposado monólogo, es visto cerrarse, al cabo, con un diálogo de divinas consoladoras efusiones!

TOMAS ECHEVARRIA, C. M. F.

UN NUEVO TEXTO DE HISTORIA MODERNA

(Historia universal—Tomo II—Historia moderna—Lecciones dictadas en el Colegio Universitario—Por Manuel Antonio Botero—Doctor en Filosofía y Letras—Primera edición—Obra adoptada por el Consejo Universitario en su sesión de 14 de enero de 1918 para texto en las escuelas y colegios oficiales de la República—Bogotá—1923—1.128—Tipografía Augusta—Espaldas del Capitolio Nacional—394 páginas en 8.º menor.

Don Manuel Antonio Botero, colegial, doctor en Filosofía y Letras y catedrático del Colegio del Rosario, acaba de completar la publicación de su texto de historia universal, dando a la estampa el volumen cuyo título dejamos inscrito al frente de estas líneas.